





Rojo semidesierto

Joel Flores Lechuga obtuvo el premio único de cuento en el Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2012. El jurado estuvo integrado por Beatriz Espejo, Eraclio Zepeda y Alberto Chimal.

*Leer para lograr en grande*

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

JOEL FLORES

# Rojo semidesierto



Eruviel Ávila Villegas  
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal  
Secretario de Educación

Consejo Editorial: Efrén Rojas Dávila, Raymundo E. Martínez Carbajal,  
Erasto Martínez Rojas, Carolina Alanís Moreno,  
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez, Marco Aurelio  
Chávez Maya

Secretario Técnico: Agustín Gasca Pliego

*Rojo Semidesierto*

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2013

DR © Gobierno del Estado de México  
Palacio del Poder Ejecutivo  
Lerdo poniente núm. 300,  
colonia Centro, C.P. 50000,  
Toluca de Lerdo, Estado de México

© Joel Flores Lechuga

ISBN: xxx-xxx-xxx-xxx-x

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)  
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal:  
CE: 205/01/49/13

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*A mi madre y mis hermanos, por el cielo y la tierra*

*A Flor Cervantes, por su corazón tan grande*

*A Juan Gómez Bárcena, por enseñarme a escribir relatos*

*A los amigos que fueron desapareciendo,  
mientras yo escribía este libro*





Podría decirse que el sistema de defensa de nuestra patria adolece de serios defectos. Hasta el momento no nos hemos ocupado de ellos sino de nuestros deberes cotidianos; pero algunos acontecimientos recientes nos inquietan.

FRANZ KAFKA



## Los que lloran

Me pregunto ¿por qué habrá llorado Ángela? y no hago más que quedarme pensando. Por lo regular las mujeres con las que he cogido no terminan así. No me he tirado a muchas, debo aceptarlo, pero sí las suficientes como para escribir lo que estoy escribiendo ahora. Algunas fuman, van al baño, orinan y abren la llave de la regadera para ducharse. Otras se visten aprisa y abandonan la casa sin decir palabra alguna. También hay aquellas que duermen boca abajo y cuando despiertan se lanzan hacia mí para tener otro orgasmo.

Ya había cogido antes con Ángela. Fue en un viaje de prácticas que hicimos durante la universidad. Fueron dos acostones rápidos para desfogar las ganas que nos quemaban: uno en el camión que

nos llevó a San Blas y otro en el cuarto de hotel frente a Griselda. Entonces yo era novio de Claudia, una chica que a la primera oportunidad se creaba todo un mundo de celos sin que yo le diera motivos. Y luego, cuando creía que todo tenía remedio, terminaba pidiéndome disculpas. Ángela era novia de Manuel, un excompañero de preparatoria que para nada la celaba.

Cuando lo intentamos en el autobús nos acompañaban Armando y Griselda, ambos amigos en la universidad. Mientras platicaban en el asiento trasero, Ángela comenzó a jugar conmigo: agarró mis manos, acercó sus labios a los míos y aprovechó la oscuridad de la cabina para abrir el cierre de mi pantalón, sacar mi pene y comerlo sin hacer mucho ruido. A los costados de la carretera la serranía se ocultaba intermitentemente en la noche. Y las luces de los carros que pasaban al camión nos iluminaban de pronto.

“ahora tendrás algo nuevo que presumir”, recuerdo que bisbiseó.

Y mientras ella lo lamía, yo intentaba seguir la plática de nuestros compañeros de viaje sin que nos descubrieran.

Después de habernos instalado, quisimos seguir en el hotel. No había terminado en el autobús y sentía esa necesidad tremenda de vaciarme, un dolor de estómago que corría a mis pies. Ángela iba a compartir habitación con Griselda y yo con Armando. Eso evitó que cogiéramos todas las veces que lo buscamos, por más que dijimos una que otra mentira para lograrlo: que nos había caído mal la comida, que éramos alérgicos al sol, que nos aburrían las conferencias.

La segunda vez que cogimos me vine dentro de Ángela y me dijo:

“estoy tomando la pastilla”.

No puedo olvidar que la desesperación nos obligó a hacerlo delante de Griselda. Es decir, cuando llegué a la habitación, descubrí que nuestra compañera estaba dormida en la cama contigua.

Entonces me metí entre las sábanas con Ángela y la acomodé mirando a su vecina, de manera que su culo quedara frente a mí. Me sentí bien aquella vez. Fue como vaciar el alma entera y sentir que Griselda era mi cómplice.

Dejamos San Blas, Ángela siguió con Manuel, y yo terminé con Claudia luego de haber tenido un pleito que se resolvió con la ayuda de un paraguas. Me gustaría escribir que yo fui quien asestó el sombrillazo. Lo que vino después son hechos baladíes, o al menos así me lo parecen. Seguí estudiando la licenciatura, de vez en cuando veía a Ángela en fiestas de los amigos. Ambos nos comportábamos como si jamás hubiera pasado lo del viaje y no recuerdo haberme hecho de otras novias, o si lo hice no hay razón para nombrarlas. Me dieron una beca para estudiar fuera y el tiempo que estuve lejos me parece lejano, como si fuera otra vida, o en realidad nunca hubiera pasado.

Cuando regresé, el novio de Ángela también consiguió irse. Somos una generación que vivió la entrada de La Compañía, el sonido de sus balas en el fuego cruzado entre sus pistoleros y los federales. Somos una generación que vivió el negro olor a pólvora nublando la ciudad, sucesos que pudren lo que apenas recordamos de un ser querido, un familiar o un amigo. A todos nos alcanzó una persecución, un secuestro, un asalto, la llama de un edificio ardiendo. Por eso detestamos vivir aquí, por eso huimos como si lo hiciéramos de nuestra sombra. Y como no pertenecemos a familias que se les escape el dinero de las manos, prostituimos nuestras mentes a cambio de becas que nos saquen, a cambio de cortas estancias que nos hagan olvidar intermitentemente el lugar donde nacimos.

El novio de Ángela logró irse a Colombia a estudiar periodismo. Muchos dicen que lo envidio porque él ha conseguido lo que yo no. Rumor que me importa un carajo. Seguro Ángela se acostó con otros durante el tiempo que Manuel estuvo lejos, pero no conmigo.

Y puedo decir que eso sí lo envidio. Ángela y yo siempre nos hemos atraído, o al menos eso suelo figurarme. Cada vez que había una fiesta o salíamos con los amigos, decían a nuestras espaldas “no se hagan güeyes, algo se guardan ustedes dos”.

Lo que sí tiene que ver con las lágrimas de Ángela es el año que entró La Compañía a la ciudad, cuando murió mi hermano José Antonio y secuestraron a mi padre. Entonces los hampones empezaron a cobrar a los empresarios, desde el dueño de una tienda de abarrotes hasta el fundador de un supermercado, desorbitadas rentas por continuar con sus negocios. Era el precio de vivir y crecer en un lugar que acababa de pasar a manos del nuevo dueño. Al principio los más viejos se rehusaron. “Si vengo de una familia que fue parte de los fundadores de esta ciudad, ¿por qué tengo que pagar dinero a desconocidos?”. Esto desencadenó la caza, secuestro y muerte de muchos. Desde la hija del dueño de la carnicería, hasta la esposa del propietario de una cadena hotelera. A diario los vecinos de cualquier colonia repetían las noticias de los periódicos sobre sangre y fuego, de cuerpos encontrados en fosas clandestinas, en baldíos cercanos a rancherías o municipios, en el bulevar y hasta en las puertas de las dependencias de seguridad pública. Tras eso, mi padre se aventuró a echar a andar otra constructora en Nayarit. Y como mi madre, mujer de viejas costumbres, no quiso acompañarlo, se marchó solo.

La casa le quedó grande a mamá y se mudó al antiguo departamento. Sus hijos, Jorge y José Antonio, aceptaron vivir en este lugar vacío, permeado de historias que aún gritan, donde estoy escribiendo lo de Ángela. A los pocos meses José Antonio murió en carretera. Algunos amigos y familiares dicen que se quedó dormido, perdió el control del volante y estrelló el vehículo contra el acero del señalamiento vial. Su novia piensa distinto. Que se volcaron los hermanos porque huían de algo. ¿De qué?, nadie sabe. Y supongo, porque cada vez que escribo no hago más que suponer

sucesos que mitigan los dolores, que huía del lastre que había engendrado la familia, sus separaciones y descuidos.

Esto lo supuse ayer, cuando vi a mi hermano Jorge en la sala, en una de las tantas noches en las que ambos no podemos dormir y nos encontramos noctámbulos, zozobrados, queriendo huir de esta casa. Mi hermano trataba de sacar el bote de leche del refrigerador y no podía. Miré su brazo escayolado; se le había fracturado en el accidente y le pregunté:

“¿cómo llevas eso?”

“bien, el médico no tiene para cuándo quitarme esta mierda”

Le ayudé a sacar el galón y le serví un vaso.

Después de que bebió la leche, el silencio fue un huésped incómodo para ambos. Tal parecía que queríamos hablar. Hablar. Esa palabra que espina con tan sólo pensarla. Que utilizaban nuestros padres cuando algo se había quebrado entre nosotros y debíamos repararlo. Que desunía cada que se pronunciaba en casa. Hablar, debemos hablar, hay que hablar, es necesario hablar. Hablar. El verbo de la discusión. Pero ni mi hermano ni yo sabíamos cómo, qué decir, por qué hacerlo. De pronto, como si lo hubiera ensayado muchas veces, confesó que estrellaron el carro porque fue lo mejor que pudieron haber hecho en esos instantes.

“nada fue un accidente, nadie nos venía siguiendo”

Habían salido a pasear durante la noche y habían hablado sobre la familia, sobre nosotros, sobre mí en especial.

“tú que eres el mayor, tú que siempre decides, al igual que nuestros padres, largarte porque no te gusta afrontar los problemas; tú que has tenido una vida muy tranquila y te despreocupas por las cosas y regresas y te vas y te olvidas de que tienes familia. Y sólo hablas cuando nos necesitas. Y sólo recuerdas a tus hermanos cuando tienes la mierda hasta el cuello”

Me quedé tal cual me quedé frente Ángela en el baño: seco, como si algo me desgañitara. Miré su brazo malo, las heridas

en su cara que comienzan a ser costras. Quise pedirle disculpas. Decirle te quiero, hermano; estoy aquí. Pero él sólo me miró. Tenía años que no lo hacía así, como cuando jugaba fútbol y me pedía que fuera a calmar los ánimos de un jugador que lo molestaba, y dijo:

“acordamos morir juntos, ésa es la razón”

Lo primero que hice fue apretar los labios, las palabras para que no salieran de mi boca. Habían planeado morir dentro del carro, a toda velocidad, estrellarse contra uno de los señalamientos viales que están rumbo a Aguascalientes. Suicidarse, huir, si se le puede llamar de esa manera, como un hermoso pacto entre chiquillos que se juran amistad eterna, una muerte que podría unirlos aún más en otro lugar, uno lejos de nosotros.

“pero ya ves”, añadió mirándose el brazo, “en esta puta ciudad las cosas no salen como uno las planea. Ni los pinches señalamientos de acero ayudan”

Intentó levantarse del sillón pero no pudo. Me acerqué para ayudarlo y abanicó su brazo bueno como si deseara eliminar mi existencia.

Esa noche no dormí. Frente a mí estaba el ventanal que da al patio. Los balones de fútbol con los que enseñé a jugar a esos chiquillos se veían desperdigados en el pasto. Recordé la llamada que me hizo Jorge para avisarme: “La Compañía ha secuestrado a papá y dicen que lo van a matar”. Recordé cuando mi padre nos regaló a los tres el uniforme de la selección para que formáramos un equipo con los vecinos. Recordé que mi madre apenas se inmutó cuando le dije: “papá ha muerto”. Y añadió: “si me llaman para pedirme dinero, conmigo no cuenten”. Recordé cuando José Antonio guardó en mi maleta su medalla de goleador de la temporada para que no olvidara jamás lo que habíamos hecho juntos. Recordé que Jorge prefería jugar de portero porque no era bueno en la delantera, pero sí deteniendo balones con la cara.



Recordé el autobús que me trajo de regreso y las palabras fracaso, olvido, familia y tristeza empezaron a tener otros significados en mi mente. Y cuando volví al rojo semidesierto, no dejé de hacerme una retahíla de preguntas sin respuestas.

Al día siguiente, por más que busqué con quién hablar, no encontré a los amigos. Uno se va y cuando regresa cree que las cosas seguirán iguales. Que el tiempo se congeló y los amigos estarán donde siempre. Pero no es así. Uno se va y cambian más cosas de las que uno imagina. Se me ocurrió comprar pizza en el primer establecimiento, llamarle a Ángela e invitarla a mi casa a tirarnos en el sillón y ver películas.

En principio se rehusó a que cogiéramos. Yo insistí poniéndole la mano sobre las piernas, así su cuerpo al mío y varias veces busqué desabotonar su blusa y pantalón. Nos besamos, pero ella me detuvo una y otra vez. En mi cabeza sólo rechinaban los deseos de estar dentro y no pensar en mí, en mis hermanos, en lo que me duele haber vuelto y en todo lo que me hace recordar esta casa. Tras mi insistencia, Ángela se bajó los pantalones, se acostó boca abajo y me dijo: “ándale pues”.

Retardé la eyaculación mucho tiempo. Fue como si su cuerpo me aislara de todo y fuera el escape que buscaron Jorge y José Antonio al estrellarse en carretera, la idea que pasó por la cabeza de mamá al abandonar la casa, el último pensamiento que tuvo mi padre cuando se le quebró el corazón debajo de un cielo abandonado.

Algunas veces Ángela gritaba: “me lastimas, ten cuidado, para, por favor detente”. Pero jamás me detuve. Sólo cubrí su boca y se la presioné hasta que sentí sus dientes en el canto de mi mano y que su culo se cerraba, se cerraba. Me vine dentro de ella, me hizo a un lado, agarró su blusa y se fue al baño.

Cuando encontré a Ángela sentada en el inodoro, noté que el maquillaje se le había convertido en un paño negro sobre su rostro.

Lloraba como si supiera que mi hermano se mató frente al volante, solo, sin lograr que uno de los suyos también muriera.

Lloraba por mi madre, por no haber acompañado a su esposo en la vida y en la muerte, como lo ordena la consagración matrimonial.

Lloraba por papá, a quien los secuestradores lo desnudaron y abandonaron en la carretera. Y a los pocos minutos murió de un paro cardíaco.

Lloraba por esta ciudad de orbe enrojecido, de recuerdos que queman y encandilan, de calles ensangrentadas, tapizadas de casquillos desperdigados y de hombres que salen de su casa sin hora de regreso.

Lloraba por los que sueñan con irse, pensando que por fin reiniciarán su vida y no se van, porque algo más fuerte, inexplicable, algo que no tiene nombre los detiene y aprisiona.

Lloraba por mí y solamente por mí.

## Los que ignoran

A Rafael y a mí nos gustaba golpearlos. No hablo de golpes simples, sino de tronarnos a puñetazos de verdad. Entrenábamos saliendo de la escuela, en el jardín de su casa. Nos quitábamos las mochilas, retirábamos la manguera de riego para no tropezar con ella y cada quien se posicionaba a la ofensiva. ¿Qué más se podía hacer en una ciudad en la que jamás sucedía algo fuera de lo ordinario? Rafael conectaba el primer golpe directamente a la boca de mi estómago o mi nariz. Decía que esos eran mis puntos débiles. Yo lo esquivaba, me le dejaba ir a sus piernas y lo derribaba. Tras tenerlo en el suelo, me subía a su pecho y lo machacaba hasta que pidiera paz.

Golpearnos era una forma de amacizar nuestro físico, moldearlo con el calor de los nudillos. No queríamos ser parte del ridículo elenco de luchadores que exhiben los programas de televisión. La AAA y cosas parecidas. Lo nuestro era serio, una profesión. Buscábamos educar nuestra resistencia física y descubrir hasta qué punto podíamos hacernos daño. Éramos amigos de verdad, desde niños, y el dolor nos unía. En nuestra cabeza sólo cabían las preguntas: ¿aprenderé hoy una mejor técnica para golpear?, ¿qué tipo de ejercicio podrá dotarnos de más aguante? Nos interesaba conocer bien, saber cuál era nuestro talón de Aquiles y lo que le gustaba y desagradaba al otro. No andábamos en pleitos callejeros. Nos comportábamos tranquilos y no nos metíamos con los de la escuela o del vecindario. Nunca tuvimos una mala calificación, ni broncas con los maestros. Fuimos durante algunos meses parte del cuadro de honor en matemáticas y física.

Éramos una pareja disciplinada. Hacíamos ejercicio, teníamos una buena dieta y cargábamos siempre en nuestra mochila un botiquín para curarnos las heridas. Por las mañanas, antes de partir a la escuela, corríamos en el parque durante una hora. También hacíamos estiramientos musculares. Si el tiempo nos sobraba, lo aprovechábamos en la primera tanda de trancazos: una contienda sólo para calentar los puños. Por las tardes, saliendo de la escuela, teníamos un encuentro más fuerte. Peleábamos hasta que uno gritara: “ya, ya estuvo bueno por hoy, ya me rajé”. No era necesario forzarlos. Después cada quien se iba a su casa y hacía sus tareas escolares o domésticas.

Por las noches nos veíamos en el jardín de Rafael. Y todo empezaba de nuevo: una lucha terca en la que nos jugábamos la fuerza por la fuerza, el carácter por el carácter. El que perdía tenía que hacer 200 abdominales y 100 extensiones. También nos gustaba documentarnos, ver programas de fortalecimiento corporal en la televisión que nos enseñaban retos importantes. Uno: sudar por la fuerza de Chuck

Norris. Dos: aguantar el dolor por la técnica de Bruce Lee. Tres: conseguir, a como diera lugar, el coraje de Van Damme.

Éramos dos soldados que peleaban con orgullo y arrojo, y se amaban con el corazón. Durante un tiempo nos preguntamos si deberíamos emplear en nuestras peleas algún arma o técnica aprendida en las calles. Después de meditarlo, concluimos que no era necesario. Si nuestro objetivo siempre fue endurecer nuestros puños y el cuerpo entero con la misma carne, un arma y las artimañas de los vagos sobraban.

En verdad nos tronábamos a puñetazos. Fuerte. Más fuerte, gritábamos. Y cada vez que terminaba una contienda, ganara el que ganara, nos abrazábamos y nos dábamos un beso en la mejilla. Terminábamos embarrados de sangre, saliva y sudor. Después nos sentábamos en el pasto y comentábamos nuestros errores y las tácticas que nos harían mejorar:

“debes amacizar más tus piernas cuando me lanzo a ellas” decía yo.

“y tú debes poner el abdomen más duro cuando te lo golpeo” respondía él.

La cifra de nuestras derrotas y ganes siempre estuvo en empate: si por la mañana Rafael conseguía la victoria, por la tarde yo lo barría; si por las noches él me dominaba, al día siguiente yo lo hacía tragar polvo. El aprovechamiento total de nuestras cualidades, de nuestra fuerza y puntos débiles era el tema de diario. Rafael era más delgado que yo, pero eso no le daba siempre el gane. Era ágil. Pegaba duro. Y me costaba derribarlo cuando me le iba a las piernas, aunque su estatura lo hiciera ver como un edificio fácil de tumbar. Él sabía que mi caja torácica soportaba bien los encontronazos. Amén de mi cara, que era lo que más le gustaba maltratar. Pero yo tenía un don: la resistencia. Mi fuerza de *sparring* lo agobiaba. Cuando lo veía cansado, yo aflojaba mis brazos y pum: gancho a la quijada, el que nunca falla. Se lo tiraba como si me espantara una mosca de la nariz.

Lo nuestro era serio. Por eso diario andábamos tras algo que cambiara nuestras vidas. Yo pasaba las tardes dándole de trompadas al costal de harina que había colgado en un tendedero de mi azotea, y Rafael hacía investigación sobre cómo luchar mejor. Cierta vez me llamó por teléfono. Me dijo que me tenía una sorpresa y acordamos vernos por la noche en su casa. Cuando llegué a su habitación, me enseñó un disco que decía “El Castigador”, y lo puso en el reproductor de su computadora.

La primera escena fue la de un auditorio lleno de gente. Después la cámara enfocó un ring y a un hombre calvo y musculoso, con cara de simio y mirada afilada, que sujetaba las banderas de México y Estados Unidos. “Ladies and gentlemen, he’s Titooooooooo Ooortiz”, dijo el presentador. “El Castigadour”. Y el público gritó eufórico.

El contrincante calentaba sus puños en su esquina y el presentador no hizo alarde de él. La cámara dio luz a una mujer de la zona VIP. Rafael y yo reconocimos a Jenna Jameson, la actriz porno a la que dedicábamos nuestras noches húmedas después de entrenar. Ortiz detuvo su paso por el pasillo de la fama y se acercó a Jenna antes de subir a batalla. Puso su musculosa mano en la nalga de la vedette y le dio un beso profundo en la boca.

Lo que siguió fue una pelea monumental que sólo logran los verdaderos maestros. Tito pulverizó a golpes a su contrincante en quince minutos. Quizá menos. Al principio ambos bailaron sobre la lona, midieron sus movimientos, esperaron a ver quién iniciaba. Ortiz vaciló una, dos y hasta tres veces. Asestó un golpe relámpago en la sien de su rival y lo desestabilizó. Luego vino un golpe temblor a las costillas, un brutal cola de escorpión a la mejilla y un *uppercut*.

Todos los espectadores se pararon de su asiento. El rival cayó al suelo. Tito lo montó y lo trompeó con la naturalidad que sólo los genios natos tienen. El contrincante anilló sus piernas en la cadera del campeón, se quiso enganchar a la reja del ring para

salir de la trampa y se cubrió el rostro con los guantes. Pero Tito lo inmovilizó con tres derechazos. El réferi tuvo que intervenir y terminar la pelea.

Esa noche descubrimos que habíamos venido al mundo sólo para ser parte de Tito Ortiz. Vimos más videos de sus peleas. Bajamos entrevistas en las que hablaba del jiu-jitsu y la lucha grecorromana como claves para ser un peleador de la UFC. Pronto nos hicimos parte del séquito de seguidores que se anunciaba en su página de internet. Descubrimos que tenía una escuela llamada Blood for Blood que entrenaba a jóvenes destacados, prometedores en el oficio de la pelea y que las audiciones estaban abiertas. Rafael descargó las solicitudes. Las llenamos cuidadosamente y les anexamos nuestro plan alimenticio, nuestro cronograma de trabajo diario y algunas fotos que habíamos tomado para dar evidencia de cómo iba forjándose nuestro físico.

Las vacaciones nos exigieron mucha atención en el arte de la pelea. Aprendimos algunas llaves de lucha, como la rusa, la tijera, el levantamiento y suplé. También nos documentamos sobre el arte del jiu-jitsu y las katas. Decidimos olvidar nuestras solicitudes porque nos pondrían tensos y ansiosos. Perderíamos el ritmo del entrenamiento. Con el dinero que ahorramos durante el ciclo escolar, nos compramos unos guantes de box, ropa, caretas y protectores bucales de goma. Por las mañanas comenzamos a correr más de una hora en el parque. Luego nos íbamos al jardín de mi casa. Allí nos embarrábamos la cara de vaselina, nos vendábamos las manos, nos poníamos los guantes de box y librábamos dos combates.

Rafael se fue haciendo de mi técnica contienda tras contienda. Ya no sólo se movía y brincaba, ni intentaba golpearme en la boca del estómago y nariz. Se arrojaba a mis piernas y me abatía con la llave bombero. Yo también imité sus destrezas. Cuando me golpeaba, esquivaba su puño inclinando mi cuerpo ligeramente hacia atrás. Cuando cubría su cara, yo contraatacaba con un gancho a las

costillas que lo dejaba sin aire. Así le daba hasta vencerlo. El costal de harina lo colgamos en el árbol de mi jardín. Nos pasábamos las noches viéndolo como el contrincante que teníamos que vencer para abrirnos las puertas de la escuela Blood for Blood.

Antes de terminar las vacaciones, la escuela me escribió por correo electrónico que iba a pasar a la ciudad a hacerme una prueba física y una entrevista. A Rafael le pidieron que volviera a intentar el próximo año. En el mensaje enlistaron los defectos por los que no lo eligieron. Su delgadez y estatura figuraban al principio. Dejó de correr, entrenar e ignoró la dieta alimenticia.

Yo busqué darles la noticia a mis padres. Quería informarlos sobre Tito Ortiz y decirles que una escuela de peleadores había puesto el ojo en mí. Los cité en la sala de la casa después de la comida. Sentado cada uno en su sillón, les hablé sobre las tardes de entrenamiento con Rafael y sobre mis inquietudes. Ellos sólo me escucharon. Ni siquiera mostraron gesto de asombro o reproche. Mi madre es una mujer delicada, de sentimientos que no simpatizan con provocar dolor. Mi padre siempre ha sido un hombre ordenado, íntegro. “Hay que sobreponer la inteligencia por encima de lo visceral”, suele aconsejar. Y nunca se le ha visto en una pelea o alterado ante situaciones incómodas. Les enseñé la carta que me mandó la escuela y les confesé mis deseos por convertirme en luchador de la UFC.

Sus respuestas fueron algo así como:

Madre: “te deseamos toda la suerte del mundo, hijo mío”.

Padre: “nosotros ya sabíamos que tú y Rafael se pasaban las tardes enteras sintiéndose luchadores. Jamás te prohibimos juntarte con él porque viene de una buena familia y es un chico ejemplar. Pensamos que quizá llegaría el día en que se iban a dar un buen catorrazo que los haría poner los pies en la tierra. Pero si crees que éste es tu camino, nosotros te apoyamos”.

Después de los entrenamientos jamás pensamos en salir a beber, mucho menos por la noche. Sin embargo Rafael pasó por mí en su



carro. Me invitó a un concierto de metal para festejar mi entrada a Blood for Blood. Mientras la banda insuflaba los ánimos de la gente, a Rafael se le treparon las cervezas. Después pasó al *whisky* y se le fundieron los fusibles. Intentó sacar a bailar a varias chicas. Todas se negaron porque se acercaba con intenciones de tocarles el culo. Yo bebí agua mineral y me dediqué a cuidarlo. En un principio me reí mucho de sus juegos, hasta me hormiguearon las mejillas.

Cuando se acabó el concierto, Rafael me dijo que me tenía otra sorpresa. “No te vas a ir a las grandes ligas sin haber conocido el amor”. Y salimos del bar como a las tres de la madrugada. Caminamos a las puertas de otro muy cercano, que estaban custodiadas por dos guardias de seguridad. Eran altos, de hombros sólidos y cara agresiva. Rafael intentó entrar, pero lo frenaron y nos pidieron la credencial de elector. Los tipos lo tomaron del brazo al saber nuestra edad y nos ordenaron que nos marcháramos. Rafael puso resistencia, pero el alcohol lo había entorpecido.

Tuve que relajar los ánimos. No a golpes, debo aclarar. Éramos tranquilos y no quería ocasionarme problemas legales lesionando a otra persona. Les pedí una disculpa y les dije que no intentaríamos entrar de nuevo. Los guardias me pidieron que me llevara a mi amigo y Rafael siguió insultándolos cuando caminábamos al carro. Se bajó los pantalones y les enseñó el culo.

En el vehículo le pedí que me dejara conducir. Pero no quiso. Hice que se abrochara el cinturón de seguridad. Le dio marcha al motor y permanecemos callados durante el viaje. Fue extraño: nunca lo había visto ebrio y enojado. Continuamente vigilé que no se quedara dormido. El vehículo iba tan lento que parecía que estaba conduciéndose por sí solo. Cuando pasamos el semáforo que está a una cuadra de mi casa, escuché un sonido a lo lejos, como cuando enciendes la mecha de un cohete cerca, muy cerca de ti y ves estallar un millón de luces. El carro giró como si estuviera gravitando y también como si estuviera destrozándose.

Dicen que cuando sufres un accidente automovilístico pierdes la conciencia sobre las cosas. Que ves luces blancas en espacios negros y algunos hasta escuchan una voz de mujer. Conmigo no pasó eso. No sé si Rafael habrá sentido tal cosa. Sólo alcancé a ver cómo la camioneta, que después supe por mis padres, los periódicos y las vecinas, era de La Compañía y venía huyendo de los federales porque habían incendiado un camión militar, se estrelló contra nosotros, nos sacó del camino y nos arrastró al jardín de mi casa, hasta que el tronco del árbol donde entrenábamos nos detuvo.

Después del accidente duré tres meses en cama y batallé mucho para aprender a andar con la ayuda de las muletas. Por eso siempre me muevo en silla de ruedas y casi nunca salgo de mi cuarto. Voy a terapia cuatro días a la semana, para recuperar por completo el movimiento de mis piernas. Pero los ejercicios me parecen aburridos, flojos, carentes de acción y rudeza. Extraño el dolor que me provocaban los puñetazos. Y también el olor a sangre y saliva.

Rafael mandó solicitud a la escuela de Tito Ortiz. Y lo aceptaron hace un año. Dio todo para ser uno de los pocos postulados a pelear en la UFC. Se nota que entrenamos duro, con el corazón y cada vez fuerte, más fuerte. Quedó en la categoría mediano peso máximo y ya conecta mejor que Tito Ortiz los *uppercuts*. Yo he seguido su carrera por la televisión. Me cuesta mucho ir a sus peleas en vivo, frente al ring, entre la gente que lo ovaciona. Aun así, Rafael suele dejarme pases sobre la mesa de mi cuarto, playeras y gorras firmadas por Tito cuando me visita.

Hoy mismo vino a casa. Dice mi madre que parece un actor que ha salido en muchas series de HBO. Posiblemente sea porque anda con una modelo muy guapa, tan guapa como la Jameson, y porque acaba de comprarse un Mustang deportivo. Cuando entró a mi cuarto me dio la noticia de que peleará la

próxima semana con el campeón del año anterior. Esta vez traía en su mano pases para la zona VIP. Dijo que me va a dedicar la pelea. Yo no le respondí si iré o no iré. Sólo le pedí que sacara del armario los guantes de box que usábamos para entrenar. Al verlos en sus manos, le aventé un bolígrafo y le dije: “vamos, campeón, regálame una firma sobre ellos”.